

Llega la negra crecida

Llega la negra crecida

MARGARET DRABBLE

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original
The Dark Flood Rises

Copyright © MARGARET DRABBLE, 2016
Published by arrangement with CANONGATE BOOKS LTD, 14 High Street,
Edinburgh EH1 1TE

Primera edición: 2018

Traducción
© REGINA LÓPEZ MUÑOZ

Ilustración de portada
© ANA BUSTELO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2018
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
COFÁS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-60-3
Depósito legal: M-34923-2017

Impreso en España

Para Bernardine,
1939-2013

«Despedazado muere el cuerpo, y el alma tímida
ya pierde pie cuando llega la negra crecida».
D. H. LAWRENCE, «El barco de la muerte»

«En invierno queremos primavera,
y en primavera ansiamos el estío,
y cuando el seto espeso se hace canto
decimos que el invierno es lo mejor.
Y nada luego nos parece bueno
pues no llega la dulce primavera,
e ignoramos que lo que al alma agita
es sólo su deseo de la tumba».
W. B. YEATS, «La Rueda»

A menudo ha sospechado que sus últimas palabras para sí misma y en este mundo serán «Mira que eres tontorrón», o quizá, según su estado de ánimo ese día o la hora de la noche, «Mira que eres gilipollas». Éstas serán sus últimas palabras en el momento en que el coche se estrelle a toda velocidad contra el árbol, o la caldera sin revisar estalle, o el humo y las llamas llenen el pasillo, o el gancho del canalón ceda. No puede tener la certeza de que así será, pero lo sospecha. En los últimos años de su vida le ha suscitado un profundo interés la sentencia: «No hay hombre feliz antes de su muerte». * Ni mujer, ya puestos. «*No hay mujer feliz antes de su muerte*». Cierto, sobre todo porque en el mundo antiguo hubo tantas mujeres como hombres con finales desdichados: Clitemnestra, Dido, Hécuba, Antígona. Aunque naturalmente Antígona, recordémoslo, se regocijó de morir joven y por una buena causa (por muy inútil que nos parezca), evitándose por consiguiente todas las molestias de la vejez.

La propia Fran ya es demasiado vieja para morir joven, y demasiado vieja para evitar juanetes y artritis, verrugas y ampollas, muñecas debilitadas, cataratas incipientes que aún no pueden operarse, y una fatiga insidiosa. Prevé que de aquí a un tiempo (y quizá no mucho tiempo) todas esas molestias se volverán tan molestas que estará dispuesta a cometer uno de esos actos de temeraria locura que le proporcionarán un final

* Sentencia que Heródoto atribuye a Solón. [N. de la T.]

rápido, y puede que sonado. Pero ¿borraría y negaría el rápido final la felicidad intermitente de la juventud, la larga lucha en pos de una especie de madurez, los modestos triunfos, el trabajo duro? ¿Qué aspecto tendría la hoja de balance con el último cálculo?

La necrológica de Stella Hartleap tenía la culpa del rumbo que tomaban los pensamientos de Fran mientras circulaba por la M1 en dirección a Birmingham, sólo cinco o seis kilómetros por encima del límite de velocidad.

Los artículos de obituarios eran irritantes, irritantes y afectados, en un tono evasivo, hipócrita, discriminatorio hacia las mujeres y los ancianos, atufaban a *Schadenfreude*. Y ahora otra alusión a Stella en la radio del coche, en el espacio habitual que Radio 4 reserva a las necrológicas, ha reavivado su enfado. No trató mucho con Stella, puesto que la había conocido tarde, ya en la época de Highgate, a través de Hamish, pero sí lo suficiente para reconocer tanto disparate y tanta gilipollez. Resulta que Stella había muerto por inhalación de humo, le prendió fuego a sus propias sábanas mientras fumaba en la cama de su remota granja en las Black Mountains justo después de haberse pimplado una copita de Famous Grouse. ¿Y qué? Un mutis mucho mejor que el de morir en el pasillo de un hospital en una silla de ruedas mientras esperas otra dosis de tóxica quimioterapia, que era la funesta suerte que hacía poco había corrido su buena amiga Birgit. Por lo menos Stella no podía echarle la culpa a nadie más que a sí misma, y si bien los últimos minutos no debieron de ser nada agradables, tampoco los de Birgit lo fueron. En absoluto agradables, a todas luces, y sin el más mínimo escalofrío de autonomía complementario.

Birgit no habría visto con buenos ojos el final de Stella Hartleap. Puede que incluso lo hubiese censurado. Siempre fue una mujer muy crítica. Pero eso qué más da. No tenemos por qué estar de acuerdo con nadie, nunca.

Su nueva-vieja amiga Teresa, que está gravemente enferma, no lo censuraría, porque ella nunca censura a nadie.

Soy el capitán de mi destino, soy el dueño de mi alma.*
Romano, soy valientemente vencido por un romano.**

Hay un camión, muy pegado por detrás, Fran ve sus inmensos ojos de cristal inertes, submarinos y empañados, acechándola a través del espejo retrovisor. Antiguamente Hamish daba un frenazo en situaciones así, a modo de advertencia. A ella siempre le pareció una temeridad, pero a Hamish nunca le había pasado nada. No había muerto al volante. Había muerto de algo mucho más insidioso, menos violento, más prolongado y cruel.

Ella se decanta por el acelerador. Es más seguro que el freno. Su primer marido, Claude, creía en el uso del acelerador, y en eso estaba de acuerdo con él.

Francesca Stubbs va de camino a un congreso sobre viviendas asistidas para ancianos, tema relacionado con el hilo de sus pensamientos, pero no heroico en sí mismo. Fran es una especie de experta en la materia y trabaja para una institución benéfica que destina generosos fondos de investigación a evaluar y mejorar las condiciones de alojamiento de las personas mayores. A ella siempre le han interesado las viviendas sociales en todas sus formas, y este nuevo trabajo le viene como anillo al dedo. Le intriga que, en los albores del siglo XXI, cada vez más gente opte por vivir sola en Inglaterra. A los estudiantes no parece molestarles la convivencia, incluso les gusta, una convivencia que se impone tanto a enfermos como a ancianos; sin embargo, cada vez más personas sanas de mediana edad escogen vivir solas. Esto genera unas exigencias en la oferta de viviendas que los sucesivos gobiernos no son capaces ni seguramente tengan intención de intentar satisfacer.

Fran está a favor de un impuesto territorial. Algo así alteraría un poco las cosas. Pero los ingleses están extremadamente

* Dos últimos versos del poema «Invictus», de William Ernest Henley, ligeramente modificados, pues el original dice: «Soy el dueño de mi destino, soy el capitán de mi alma». [N. de la T.]

** De la tragedia *Antonio y Cleopatra*, iv, xiii. Traducción de Luis Astrana Marín. [N. de la T.]

apegados a la tierra. Odian ceder hasta el más mínimo metro. El término «feudo franco» posee un eco poderoso.

No, no tienen nada de heroico ni la vivienda ni las políticas de urbanismo, temas que actualmente ocupan su vida profesional, pero la propia vejez sí es un tema para el heroísmo. Requiere mucho valor.

Desde muy temprana e inapropiada edad, Fran se sintió atraída por la muerte heroica, las célebres últimas palabras, la despedida trágica. Sus padres tenían en sus estanterías un ejemplar del *Diccionario de dichos y fábulas* de Brewer, un libro que, de adolescente, consultaba morbosamente durante horas. Una de sus secciones favoritas era la llamada «En el lecho de muerte», por su magnífica combinación de piedad, complacencia, heterodoxia, sensiblería e insolencia. Los artistas se habían despedido muy bien. Beethoven, al parecer, había dicho: «Oíré en el cielo»; el pintor de escenas eróticas William Etty declaró: «¡Fantástica! ¡Fantástica esta muerte!»; y Keats murió valerosamente, consolando con generosidad a su pobre amigo Severn.

Era evidente que quienes estaban a punto de ser ejecutados habían tenido tiempo de elaborar un último pensamiento refinado, y de entre todos ellos Fran se quedaba con el del romántico Walter Raleigh: «Poco importa cómo caiga la cabeza mientras el corazón esté en su sitio». Harriet Martineau, que según descubrió Fran más adelante sufrió mucho de niña a causa de la religión, comentó estoica: «No veo motivo alguno para perpetuar la existencia de Harriet Martineau», un sentimiento admirablemente expuesto que llamó la atención de la niña Fran mucho antes de que ésta supiera quién era Martineau. Pero sus preferidas eran las palabras de despedida de Siward el Danés, que ordenó a sus hombres: «Levantadme para que muera de pie y no tumbado como una vaca». Fran ignoraba por qué le atraían tanto, dado que ella tenía muy pocas posibilidades de morir en un campo de batalla. ¿Puede que evidenciara que tenía sangre danesa? Bueno, seguro que sí, por supuesto, como tantos otros, como tal vez la mayoría

de nosotros los ingleses. O puede que le gustara la alusión a la vaca, que ella interpretaba como extrañamente cariñosa, nada despectiva.

Fran tenía muchas más papeletas para morir en una autopista que en un campo de batalla.

Los vikingos no veían con buenos ojos el hecho de morir tranquila y cómodamente en la cama. Todo lo contrario que Claude, su primer marido, que en la actualidad disfrutaba de todas las comodidades.

Fran se ha alejado del camión y ahora está adelantando a un sedán familiar marrón mugriento con una de esas irritantes pegatinas de «Bebé a bordo». Le pisa los talones una furgoneta blanca anónima y sucia. No llueve, pero el tiempo está feo y el parabrisas acoge gotitas de unas salpicaduras roñosas típicas del mes de febrero. El parte indica que empeorará, pero a ella todavía no le ha afectado. Ha sido un invierno lúgubre hasta la fecha.

¿Por qué narices va en coche, a todo esto? ¿Por qué no ha cogido un tren? Porque, al igual que todas esas personas que se empeñan en vivir solas cuando no tienen por qué, a ella *le gusta* estar sola, en su pequeño espacio propio, y no apretada como piojo en costura con desconocidos de atuendo ofensivo que comen patatas fritas y sándwiches y sujetan vasos de poliestireno con café y desbordan el espacio de su asiento con su obesidad y cotorrean por el móvil. Se dirige feliz y a toda velocidad al aparcamiento de un Premier Inn de las afueras de Birmingham, guiada por su navegador y deseosa de hincarle el diente a la cena. Habrá más participantes alojados en el Premier Inn, y Fran está deseando verlos. Podrá librarse de ellos cuando le apetezca y retirarse a su anónima habitación a ver cadenas regionales.

A Fran le chiflan las cadenas regionales. Se descubren un montón de cosas curiosísimas viendo los canales regionales de todo el país. Se alegra de contar aún con la energía y la voluntad para conducir por toda Inglaterra y examinar complejos residenciales y residencias de ancianos. Es una mujer con

suerte, con suerte en su trabajo. A veces, en los momentos más místicos, llega a pensar que está enamorada de Inglaterra, de la extensión y la amplitud de Inglaterra. Inglaterra es ahora su último amor. Quiere verla entera antes de morir. No lo conseguirá, pero pondrá todo su empeño.

La fundación para la que trabaja no está presente en Escocia ni en Gales.

A ella no le importaría morir en la carretera, recorriendo el país, si bien preferiría no llevarse por delante a ningún inocente.

La furgoneta blanca y sucia está demasiado cerca. La mala fama de los conductores de furgonetas está totalmente justificada, a juicio de Fran.

Había otra sección en el Brewer llamada «Muertes por causas extrañas». No era tan buena como «En el lecho de muerte», pero tenía su aquél. En varias muertes memorables documentadas, casi todas acontecidas en la Antigüedad, intervino la ingesta de pelos de cabra, pepitas de uva, guineas y palillos de dientes. Según Plinio, Esquilo murió cuando el caparazón de una tortuga cayó sobre su cabeza. Muchos fallecieron a manos de los cerdos. Algunos se asfixiaron de risa. A nadie, que ella sepa, se le ha ocurrido todavía calcular cuántas muertes son provocadas por furgonetas blancas, que deben de ser bastantes.

Fran está deseando reencontrarse con su colega Paul Scobey. En el momento en que se registra en la recepción del Premier Inn, tras aparcar en el espacio reservado en la jaula metálica subterránea, lo ve, sentado en un tresillo naranja y morado del vestíbulo, dando cuenta de una media pinta y viendo un partido de fútbol en alta definición en un televisor gigantesco en alto. La saluda con la mano cuando Fran lo divisa y se acerca a decirle hola, rogándole que siga a lo suyo. Paul es su amigo y aliado. Es demasiado joven para compartir su empático conocimiento de primera mano sobre ciertas necesidades de las personas mayores, pero tiene una actitud sarcónica muy grata, un desapego que Fran considera positivo.

Paul no espera que la gente quiera lo que se supone que debe querer. Muchos agentes del negocio de la geriatría son incapaces de comprender la perversidad del ser humano, el apego o la impaciencia por aspectos irracionales de sus viejas viviendas y barriadas, el odio repentino hacia ciertos miembros de su familia a quienes habían tratado sin roces durante años, el rechazo a reconocer que son viejos y pronto estarán incapacitados. Paul, sorprendentemente, parece aceptar los caprichos cambiantes de las necesidades humanas. Se muestra a favor de la vida en comunidad y las estructuras cooperativas, pero comprende a quienes se niegan a sacrificar su calidad de vida y necesitan morir solos en un edificio de cinco plantas, observando con mirada glacial la amenaza de un impuesto sobre viviendas de lujo. El palo con la zanahoria, dice Paul. Si quieres sacarlos de ahí, primero tienes que tentarlos para que salgan.

A Fran no le gusta nada la expresión «El palo con la zanahoria». Ni que los ancianos fuesen burros... Pero las ideas de Paul son buenas.

Su madre se empeñaba en seguir viviendo sola en la casa donde él nació, en una urbanización de casitas bajas de los años cincuenta en Hagwood, en el extremo occidental de Smethwick. De vez en cuando habla de ella, pero no con frecuencia. Habla más de las ventajas e inconvenientes de las viviendas sociales y municipales que de su madre, y sin embargo Fran sabe que la figura materna influye en muchas de sus ideas. También tiene una tía muy mayor y senil, Dorothy, la hermana mayor de su madre, que vive muy cerca de donde ellos están ahora. Paul ha incluido una visita en su agenda de los próximos dos días, y Fran ha accedido a acompañarlo, para ver la pequeña residencia donde la anciana lleva años viviendo. Están en territorio de Paul, y no de Fran, aunque él ahora vive en el sur, en Colchester.

Paul da unos toquecitos al tresillo y la invita a sentarse, y Fran se sienta. La mullida espuma ignífuga de piel de imitación se hunde exageradamente bajo el exiguo peso de Fran. Le costará levantarse.